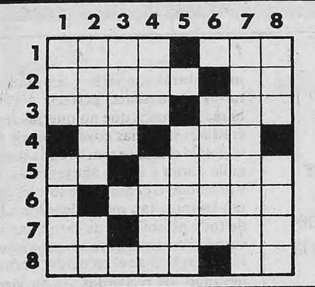
Con censura 10

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Tubo de cristal para pasar pequeñas cantidades de líquido de un vaso a otro. / Harto, repleto.
2. Recipiente para servir la sopa. / Dativo o acusativo del pronombre de tercera persona.
3. Drama lírico. / Vaso con pie.
4. Pronombre personal. / Emiten su voz los pollos.
5. Nota musical. / Convengas, conciertes un acuerdo.
6. Agrietarse la piel al contacto del aire frío.
7. Alimento cotidiano. / Imaginan, inventan.
8. Bebida efervescente hecha con zumo de manzanas. / Prep. que significa "bajo".

VERTICALES

1. Suelo. / Lentes de aumento.
2. Conjunto de hechos heroicos. / Símbolo químico del níquel.
3. Teruteru, ave americana.
4. Detiene, frena. / Tomar, agarrar.
5. Senda estrecha abierta en un bosque o selva.
6. Cama plegadiza.
7. Polacas.
8. Pref. que significa "nueva". / Hueco o concavidad.

SOLUCION 9

Letra censurada: La H.
Horizontales: 1) Chistera. 2) Hielo. 3) Hiel / Hachas. 4) Honda. 5) Au / Io / Ir. 6) Tic / Che. 7) Pilotará. 8) Halo / Hule.
Verticales: 1) Clima / Pa. 2) Util. 3) Silo / Hilo. 4) Té / Nicho. 5) Roca / Chal. 6) Hiere. 7) Húsar.

Verano/12

Sueños de verano

EL ENCUENTRO

(Por Josep Vicent-Marqués) Ella vuelve inopinadamente al piso de la ciudad porque ha olvidado meter en las maletas un traje de noche. Al abrir la puerta un hombre se precipita sobre ella, la inmoviliza, le tapa con firmeza la boca y dice:

—No grite, por favor. No voy a hacerle nada.

Su voz es agradable. La suelta y ella puede ver a un hombre de espléndida presencia enfundado en la bata de seda de su marido. El caballero se inclina ante ella.

—Conde Luis Fernando Martínez de la Cetrería. Le prepararé un daiquiri.

La lleva de la mano a un sofá y ella se sienta, atónita y expectante. Vuelve él con una bandeja con la coctelera y vasos. El daiquiri es excelente.

—Después de tomarse esta copa puede denunciarme si quiere —dice él—. No opondré resistencia.

Le cuenta su historia. Es un aristócrata arruinado que aprovecha la ausencia veraniega de los ricos para disfrutar de los lujos que ya no puede permitirse. Se introduce en las casas, goza de la lectura de los libros, aligera discretamente las bodegas, se deleita con los buenos equipos de música.

—Deliciosa la edición que tienen ustedes de *El siglo de Luis XIII*, de Voltaire —dice—. Me he pasado un poco con el Imperial 1976 de Cune.

Ella decide no denunciarlo. Telefonea a la costa para comunicar al marido la súbita indisposición de la tía abuela. Pasan una semana maravillosa en la que acaban con el Imperial 1976 y rellenan las botellas con Don Mendo. El marido es incapaz de notar la diferencia. El conde resulta ser un doctor en Lenguas Románicas desocupado, pero ¿qué importa?

Ya lo inevitable tuvo hace tiempo lugar.

Esa mañana, en el puerto de Lipsos, subieron a una barca. El mar estaba en calma, y había sol. Había unos veinte viajeros, turistas casi todos. Se oía el ronroneo del motor. La barca saldría hacia Patmos en unos minutos, con retraso. Se sentaron en el banco de babor. El le agarró una mano y no dijo nada. El mar estaba en calma, y había sol.

—Jeanne, dijo Carlos, como en un suspiro, y el sonido se apoyó sobre todo en las enes, se deslizó hacia las enes como un silencio y allí significó, fueron dos enes, ahí estaba el nombre.

"Lo más difícil es decir su nombre, en aquellos momentos lo más difícil es decir su nombre, darle por demás existencia propia, independiente, aceptarle un nombre dejarle demasiada vida o apropiármela entera, hacerme con ella al hacerme con su nombre, al hacer de su nombre una palabra de mi léxico" (Carlos, París, 1982).

—Para tentar el olvido, por ejemplo, el recuerdo.

pero uno pensaba, más bien, que el infierno era eso otro, un eterno estarse callado.

—Jeanne, dijo Carlos.

"En este contexto, es digno de señalar que ciertas cosmogonías de la antigua Grecia se representaban el infierno como una llanura o pampa por la que vagan eternamente las almas de los hombres, lastradas de experiencia y voluntad pero sin cuerpo para realizarlas, para encarnarlas. La impotencia mayor, la de saberse perfectamente impotente. Lo infernal, el devenir interminable entendido —¿vivido?— como puro espectáculo, teoría pura. La pureza, el alejamiento, como suplicios absolutos" (del Cuaderno de viaje)

Se empieza por escribir lo que uno cree; se termina por creer lo que uno escribe.

La barca está en el puerto casi sola, y los marineros suben últimos bártulos. Hay pájaros. El aceite en el agua brilla con el sol, y en el muelle hay una despedida. Un hombre y una mujer se besan fugazmente, sin sentidos. En el banco de babor, sobre la barca, él aprieta como sin querer una mano de ella. Ella lo mira con sonrisa, él se desase. Hay calma, hay sol.

A los 30 años y con dos novelas publicadas, *Ansay o los infortunios de la gloria* (1984) y *No velas a tus muertos* (1986), Caparrós es uno de los escritores más interesantes de la franja que las cronologías llaman *nueva generación*. Este texto, exclusivo para Página/12, es el comienzo de su última novela, que será publicada durante este año. Fragmento de una escritura hecha de fragmentos, estas líneas se justifican como presentación de una cierta prosodia, una cierta música.

"Aquella noche nos encontramos para consumarla. Y éramos los que éramos, y nos planeaba la muerte como a buitres, o como a serafines, porque la muerte olía y era sorda y la siempre presente, aquella noche, con ese olor a tierra" (Carlos, París, 1979).

—¿Lo recuerdas?

—Como si nunca hubiese sucedido.

Aquella noche.

—Me gustaba apretar la cara contra la almohada de mi padre, cuando él no estaba, oler en su almohada el olor de mi padre.
—¿Lo recuerdas?

Los marineros, dos, han desatado los cabos de la barca. El explora con la mirada a los demás viajeros. Ella teje. El viaje a Patmos durará unas tres horas. El mar está en calma, y hay sol.

—Jeanne, dijo Carlos.

Aquello que no se puede decir, hay que callarlo.

Ya lejos, ya alejado, ya magníficamente alejado mirarás en la redondez del ojo del buey el color sin olor del azul tan cambiante, mar mirarás y te verás y te prometerás el retorno o la ausencia perfecta del retorno, te harás promesas que no querrás recordar recordarás historias cuya memoria ahuyentas mientras el mar se mueva con mugidos de orgullo ahora y ahora ahuyentarás, recuerdos y promesas o pensarás de sole los contornos, tan lejanos, tan magníficamente lejanas ya de toda posibilidad de carne, tan ausente la carne la recordarás ya sin promesas y tu mano te hará carne el recuerdo, carne tu mano llevando los recuerdos, en tu vientre en el mar un color tan cambiante.

Y tal vez incluso correrás la cortina del ojo del buey, tornazulada, tornazuladamente apagarás el mar y estarás en un sitio sin contornos, litera camarote gran barco ya no importa, un sitio que es ninguna parte, ninguna parte, estarás, todo será ya tuyo inalienable nada podrá escaparte y la imagen de sole que se quedó en el puerto, en un puerto lejano donde perdió la carne ahora es imagen, todo será ya tuyo, ella su cuerpo y todo alejado en un puerto, donde quedó el peligro.

Y los horrores ya no tendrán carne, y los renuncios ya no tendrán carne, las huidas, nada es de carne ya nada corpóreo ya fuera de tus recuerdos, tus olvidos la historia si quieres escribirla, pensarás todo tuyo y tu mano en tu vientre o tu pluma o yaciendo. Ya todo está en tu mano, pensarás, nada es de carne, nada ya es de peligro, tras el ojo de buey o tal vez la cortina un color solamente, ya no hay olor aroma ya no hay tierra mojada ni noches sólo el agua, el azul tan variable el recuerdo tu mano, todo huellas ahora y tu mano las guía, las escribe sacude las controla alimenta, todo en tu mano ahora te dirás, por la ausencia, todo en tu mano ahora, creerás, por la ausencia.

Y creerás que todo está en tu mano.
Después, habrás creído.

Se empieza por escribir.

El mar está en calma todavía, y hay sol. Entre los pasajeros hay risas, como en todo principio. Entre los pasajeros hay un hombre que lleva traje, pese al calor. Tiene un bolso de plástico entre las piernas, el pelo negro alborotado y patillas profusas. La piel olivácea. Ellos lo han visto el día anterior, en Lipsos; su traje está raído. Vendía cuchillos, casa por casa. Ella teje. El mar está en calma, todavía. Hay sol.

se termina por creer

—Yo nunca fui inmortal.
—Todos hemos sido inmortales, alguna vez.
—Yo nunca.

"El único amor posible es la espera del amor posible, supe, y así la contradicción o tautología o qué posibilidades fuera de la posibilidad, se preguntaría, posiblemente, ella, si ella no fuese ella sólo por no estar, por ser posible, sólo potencia, espera solamente" (Carlos, París, 1981).

—Huí, aquella noche.
—¿Lo recuerdas?

—Jeanne, dijo Carlos, y la forma de acentuar el sonido terso de la jota inicial tenía una indescriptible carga de pregunta, de necesidad.

un camino empedrado, de puro espejo roto

"Dos cosas llamaron muy negativamente mi atención durante mis primeros días en Grecia. Una, ya profusamente comentada: la irreductible fealdad en la que caen sus mujeres una vez sobrepasada la edad a la que Isidoro de Sevilla atribuía el final de la adolescencia, los veintiocho años. La otra, alarmante, estruendosa, son las cigarras. En Grecia, las cigarras confunden toda posibilidad de raciocinio con el eterno estrépito de su frotamiento. Las cigarras hacen de Grecia un país que ignora el silencio: sospecho que acallar el silencio es su misión" (del Cuaderno de viaje).

—Fui Judas, aquella noche.

"Pero la escritura es —como bogar— una búsqueda de la repetición que remeda lo eterno. Aquello que sucedió —o nunca sucedió— pierde su condición de fugitivo en un acto que presupone su futura, sistemática repetición: la escritura es el rito iniciático de un ciclo en el que una acción, una imagen, unas palabras, son condenadas a ineludiblemente renacer en cada lectura, en cada exégesis" (Carlos, París, 1980).

—¿Lo recuerdas?

El cuchillero o vendedor de cuchillos debe ser gitano, y no despega la vista del suelo o de su bolso. Ronda los cuarenta. En el banco de estribor, cerca de proa, una pareja rubia no deja de besarse. Se muestran despiadadamente felices. El intenta dejar de mirarlos pero no. Ella teje. El mar todavía está en calma.

—Yo nunca fui inmortal.
—Todos hemos sido inmortales, alguna vez.
—Quizás mañana.

LA NOCHE ANTERIOR

Por Martín Caparrós



LA NOCHE ANTERIOR

Por Martín Caparrós

A los 30 años y con dos novelas publicadas, *Ansay o los infortunios de la gloria* (1984) y *No velas a tus muertos* (1986), Caparrós es uno de los escritores más interesantes de la franja que las cronologías llaman *nueva generación*. Este texto, exclusivo para **Página/12**, es el comienzo de su última novela, que será publicada durante este año. Fragmento de una escritura hecha de fragmentos, estas líneas se justifican como presentación de una cierta prosodia, una cierta música.

Ya lo inevitable tuvo hace tiempo lugar.

Esa mañana, en el puerto de Lipsos, subieron a una barca. El mar estaba en calma, y había sol. Había unos veinte viajeros, turistas casi todos. Se oía el ronroneo del motor. La barca saldría hacia Patmos en unos minutos, con retraso. Se sentaron en el banco de babor. El le agarró una mano y no dijo nada. El mar estaba en calma, y había sol.

—Jeanne, dijo Carlos, como en un suspiro, y el sonido se apoyó sobre todo en las enes, se deslizó hacia las enes como un silencio y allí significó, fueron dos enes, ahí estaba el nombre.

"Lo más difícil es decir su nombre, en aquellos momentos lo más difícil es decir su nombre, darle por demás existencia propia, independiente, aceptarle un nombre dejarle demasiada vida o apropiármela entera, hacerme con ella al hacerme con su nombre, al hacer de su nombre una palabra de mi léxico" (Carlos, París, 1982).

—Para tentar el olvido, por ejemplo, el recuerdo.

pero uno pensaba, más bien, que el infierno era eso otro, un eterno estarse callado.

—Jeanne, dijo Carlos.

"En este contexto, es digno de señalar que ciertas cosmogonías de la antigua Grecia se representaban el infierno como una llanura o pampa por la que vagan eternamente las almas de los hombres, lastradas de experiencia y voluntad pero sin cuerpo para realizarlas, para encarnarlas. La impotencia mayor, la de saberse perfectamente impotente. Lo infernal, el devenir interminable entendido —¿vivido?— como puro espectáculo, teoría pura. La pureza, el alejamiento, como suplicios absolutos" (del Cuaderno de viaje)

Se empieza por escribir lo que uno cree; se termina por creer lo que uno escribe.

La barca está en el puerto casi sola, y los marineros suben últimos bártulos. Hay pájaros. El aceite en el agua brilla con el sol, y en el muelle hay una despedida. Un hombre y una mujer se besan fugazmente, sin sentidos. En el banco de babor, sobre la barca, él aprieta como sin querer una mano de ella. Ella lo mira con sonrisa, él se desase. Hay calma, hay sol.

"Aquella noche nos encontramos para consumarla. Y éramos los que éramos, y nos planeaba la muerte como a buitres, o como a serafines, porque la muerte olía y era sorda y la siempre presente, aquella noche, con ese olor a tierra" (Carlos, París, 1979).

—¿Lo recuerdas?

—Como si nunca hubiese sucedido.

Aquella noche.

—Me gustaba apretar la cara contra la almohada de mi padre, cuando él no estaba, oler en su almohada el olor de mi padre.
—¿Lo recuerdas?

Los marineros, dos, han desatado los cabos de la barca. El explora con la mirada a los demás viajeros. Ella teje. El viaje a Patmos durará unas tres horas. El mar está en calma, y hay sol.

—Jeanne, dijo Carlos.

Aquello que no se puede decir, hay que callarlo.

Ya lejos, ya alejado, ya magníficamente alejado mirarás en la redondez del ojo del buey el color sin olor del azul tan cambiante, mar mirarás y te verás y te prometerás el retorno o la ausencia perfecta del retorno, te harás promesas que no querrás recordar recordarás historias cuya memoria ahuyentas mientras el mar se mueva con mugidos de orgullo ahora y ahora ahuyentarás, recuerdos y promesas o pensarás de sole los contornos, tan lejanos, tan magníficamente lejanas ya de toda posibilidad de carne, tan ausente la carne la recordarás ya sin promesas y tu mano te hará carne el recuerdo, carne tu mano llevando los recuerdos, en tu vientre en el mar un color tan cambiante.

Y tal vez incluso correrás la cortina del ojo del buey, tornazulada, tornazuladamente apagarás el mar y estarás en un sitio sin contornos, litera camarote gran barco ya no importa, un sitio que es ninguna parte, ninguna parte, estarás, todo será ya tuyo inalienable nada podrá escaparte y la imagen de sole que se quedó en el puerto, en un puerto lejano donde perdió la carne ahora es imagen, todo será ya tuyo, ella su cuerpo y todo alejado en un puerto, donde quedó el peligro.

Y los horrores ya no tendrán carne, y los renuncios ya no tendrán carne, las huidas, nada es de carne ya nada corpóreo ya fuera de tus recuerdos, tus olvidos la historia si quieres escribirla, pensarás todo tuyo y tu mano en tu vientre o tu pluma o yaciendo. Ya todo está en tu mano, pensarás, nada es de carne, nada ya es de peligro, tras el ojo de buey o tal vez la cortina un color solamente, ya no hay olor aroma ya no hay tierra mojada ni noches sólo el agua, el azul tan variable el recuerdo tu mano, todo huellas ahora y tu mano las guía, las escribe sacude las controla alimenta, todo en tu mano ahora te dirás, por la ausencia, todo en tu mano ahora, creerás, por la ausencia.

Y creerás que todo está en tu mano.

Después, habrás creído.

Se empieza por escribir.

El mar está en calma todavía, y hay sol. Entre los pasajeros hay risas, como en todo principio. Entre los pasajeros hay un hombre que lleva traje, pese al calor. Tiene un bolso de plástico entre las piernas, el pelo negro alborotado y patillas profusas. La piel olivácea. Ellos lo han visto el día anterior, en Lipsos; su traje está raído. Vendía cuchillos, casa por casa. Ella teje. El mar está en calma, todavía. Hay sol.

se termina por creer

—Yo nunca fui inmortal.
—Todos hemos sido inmortales, alguna vez.
—Yo nunca.

"El único amor posible es la espera del amor posible, supe, y así la contradicción o tautología o qué posibilidades fuera de la posibilidad, se preguntaría, posiblemente, ella, si ella no fuese ella sólo por no estar, por ser posible, sólo potencia, espera solamente" (Carlos, París, 1981).

—Hui, aquella noche.
—¿Lo recuerdas?

—Jeanne, dijo Carlos, y la forma de acentuar el sonido terso de la jota inicial tenía una indescriptible carga de pregunta, de necesidad.

un camino empedrado, de puro espejo roto

"Dos cosas llamaron muy negativamente mi atención durante mis primeros días en Grecia. Una, ya profusamente comentada: la irreductible fealdad en la que caen sus mujeres una vez sobrepasada la edad a la que Isidoro de Sevilla atribuía el final de la adolescencia, los veintiocho años. La otra, alarmante, estruendosa, son las cigarras. En Grecia, las cigarras confunden toda posibilidad de raciocinio con el eterno estrépito de su frotamiento. Las cigarras hacen de Grecia un país que ignora el silencio: sospecho que acallar el silencio es su misión" (del Cuaderno de viaje).

—Fui Judas, aquella noche.

"Pero la escritura es —como bogar— una búsqueda de la repetición que remeda lo eterno. Aquello que sucedió —o nunca sucedió— pierde su condición de fugitivo en un acto que presupone su futura, sistemática repetición: la escritura es el rito iniciático de un ciclo en el que una acción, una imagen, unas palabras, son condenadas a ineludiblemente renacer en cada lectura, en cada exégesis" (Carlos, París, 1980).

—¿Lo recuerdas?

El cuchillero o vendedor de cuchillos debe ser gitano, y no despega la vista del suelo o de su bolso. Ronda los cuarenta. En el banco de estribor, cerca de proa, una pareja rubia no deja de besarse. Se muestran despiadadamente felices. El intenta dejar de mirarlos, pero no. Ella teje. El mar todavía está en calma.

—Yo nunca fui inmortal.
—Todos hemos sido inmortales, alguna vez.
—Quizás mañana.

El estira el brazo derecho muy lentamente, con sumo cuidado, alargando los dedos índice y pulgar hacia el vaso de vidrio posado sobre la mesa de luz, al lado de la cama. El agua en el vaso está mediada y sobre la mesa, que es un cuadrado de madera de pino de unos veinte centímetros de lado, hay también un paquete de cigarrillos gauloise casi vacío, un cenicero publicitario de latón con media docena de colillas fumadas hasta el filtro y un reloj despertador digital con números verdes que marcan las cuatro y treinta y dos. La luz de la habitación es tenue y amarillenta, proveniente de las farolas de la calle.

A todo esto, su brazo se mueve por sobre la cabeza de ella, que duerme, con gran lentitud, como si temiera hacer cualquier movimiento brusco o fuera de lugar, describiendo una trayectoria forzada y levemente elíptica, y ya los dedos se estiran ante la cercanía del vaso cuando la parte superior de la cabeza de ella es rozada por el codo de él allí donde una maraña de pelos castaños se arremolina alrededor de la coronilla. Ella inicia entonces un movimiento de medio giro hacia su izquierda, donde está él, al tiempo que con su brazo derecho aparta algunos pelos que le tapan los ojos entrecerrados. Al ver el movimiento él retrae el brazo, que por imperio de las circunstancias no puede más que adoptar una postura flexionada en ángulo muy cerrado, de forma tal que su mano queda tras su nuca, entre su nuca y la almohada, arrugando aún más la funda blanca. Ella, que ya ha apartado los pelos castaños que le tapaban los ojos, está restregándoselos en este momento, diseminando sobre los párpados algunos restos de rimmel marrón, que pasan a formar una sombra caprichosa en la que alguien podría adivinar una figura animal, tal vez una cabeza de perro o de lobo. Después ella, con los ojos, ya parcialmente abiertos, lo cual hace desaparecer en gran medida la sombra caprichosa formada por los restos del rimmel en la que alguien podría haber adivinado una figura animal, tal vez una cabeza de perro o de lobo, lo mira con una mueca que podría tal vez describirse como de extrañeza, o incluso de una cierta cólera. El finge entonces un ensimismamiento que el desarrollo de la acción hace dudoso mirando fijamente una línea de falla que recorre el cielorraso blanco grisáceo de la habitación en sentido paralelo a la vertical de la cama, cuyo final en el ángulo que forman el dicho cielorraso y la pared opuesta es imposible que aprecie exactamente, a causa de la semipenumbra amarillenta.

Hay un momento en que nada parece modificarse. Ella está recostada sobre su flanco izquierdo, vuelta hacia él con la mano derecha aún sobre su cabeza y ligeramente hundida entre los pelos, mirándolo con ojos no del todo abiertos, o casi cerrados, y él, con el brazo derecho flexionado en ángulo agudo y la mano descansando entre nuca y almohada, arrugando aún más la funda blanca, mantiene el silencio. Después, ella vuelve a hundir la cara en la almohada, girando morosamente el cuerpo hacia su derecha de forma tal de lograr que la posición supina sea lo más consecuente y ceñida a las sábanas que es dable obtener en una noche de calor pegajoso. El, entonces, la tapa con la sábana blanca y suspira aliviado, o como si.

—Tendría que decírselo lo antes posible, lo más claramente que pueda, hoy, mañana.

El mar está en calma, todavía.

"Hablemos de predicciones, depredaciones de la razón por la pasión, de la pasión por la razón. Hablemos de predicciones. Cuántas lanzadas al mar de los sargazos o posibilidad como botella sin resguardo, perdidas, hundidas en un día que no fue de memoria. Y entonces desechadas, deshechas con un gesto. O a veces también las otras, las cumplidas y entonces cumplidamente recordadas, hechas presente para todos los presentes, presentadas (en ofrenda a la pasión). Que es como decir que la hoja blanca prefiguró el poema que le ha dado sentido, decía, y sin embargo el temor, el desasosiego" (Carlos, París, 1981).

de puro espejo roto

"No hay nada que decir, nunca hubo nada que decir, salvo las numerosas y ornamentadas formas de decir el adiós, cualquier adiós, el último, el primero" (del Cuaderno de viaje).

—Jeanne, dijo, en el tono más pretendidamente neutro que le fue posible.

Olas empiezan a agitarse alrededor de la barca. Los turistas dormitan, casi todos; la pareja rubia se besa todavía, y es mirada. El cuchillero no despega los ojos de su bolso, escondido bajo sus piernas, y alza de tanto en tanto la botamanga de sus pantalones con un gesto sabido. Ella teje, todavía.

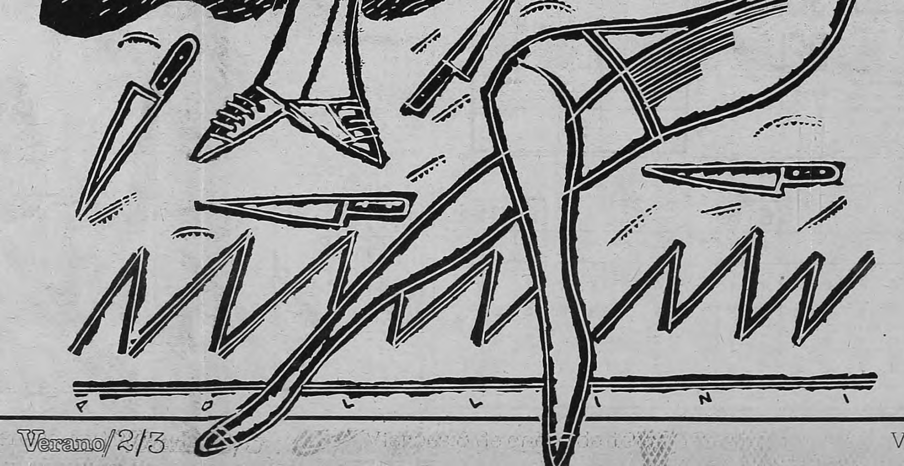
"Las bocas como mutuos vacíos, abiertas pero sin lengua ni mengua en el intento. Aunque darle mi lengua, poder nombrarla en mi lengua y en mi lengua ser nombrado por ella también podría ser una forma de poseerla, de sacarla de sí. Deslenguada, estaría perdida —si el único poder es el silencio" (Carlos, París, 1983).

En Grecia, las cigarras

—Nada del otro mundo, te lo aseguro.
—Pero ¿qué?
—Nada.

Y sin embargo, cada hombre mata lo que ama, sépanlo todos: unos lo hacen con una mirada de odio; otros, con palabras acariciantes; el cobarde, con un beso; el valiente, con una espada.

—Y como mutuos vacíos.
—Yo nunca fui inmortal.





Viernes 8 de enero de 1988

El estira el brazo derecho muy lentamente, con sumo cuidado, alargando los dedos índice y pulgar hacia el vaso de vidrio posado sobre la mesa de luz, al lado de la cama. El agua en el vaso está mediada y sobre la mesa, que es un cuadrado de madera de pino de unos veinte centímetros de lado, hay también un paquete de cigarrillos gauloise casi vacío, un cenicero publicitario de latón con media docena de colillas fumadas hasta el filtro y un reloj despertador digital con números verdes que marcan las cuatro y treinta y dos. La luz de la habitación es tenue y amarillenta, proveniente de las farolas de la calle.

A todo esto, su brazo se mueve por sobre la cabeza de ella, que duerme, con gran lentitud, como si temiera hacer cualquier movimiento brusco o fuera de lugar, describiendo una trayectoria forzada y levemente elíptica, y ya los dedos se estiran ante la cercanía del vaso cuando la parte superior de la cabeza de ella es rozada por el codo de él allí donde una maraña de pelos castaños se arremolina alrededor de la coronilla. Ella inicia entonces un movimiento de medio giro hacia su izquierda, donde está él, al tiempo que con su brazo derecho aparta algunos pelos que le tapan los ojos entrecerrados. Al ver el movimiento él retrae el brazo, que por imperio de las circunstancias no puede más que adoptar una postura flexionada en ángulo muy cerrado, de forma tal que su mano queda tras su nuca, entre su nuca y la almohada, arrugando aún más la funda blanca. Ella, que ya ha apartado los pelos castaños que le tapaban los ojos, está restregándoselos en este momento, diseminando sobre los párpados algunos restos de rimmel marrón, que pasan a formar una sombra caprichosa en la que alguien podría adivinar una figura animal, tal vez una cabeza de perro o de lobo. Después ella, con los ojos, ya parcialmente abiertos, lo cual hace desaparecer en gran medida la sombra caprichosa formada por los restos del rimmel en la que alguien podría haber adivinado una figura animal, tal vez una cabeza de perro o de lobo, lo mira con una mueca que podría tal vez describirse como de extrañeza, o incluso de una cierta cólera. El finge entonces un ensimismamiento que el desarrollo de la acción hace dudoso mirando fijamente una línea de falla que recorre el cielorraso blanco grisáceo de la habitación en sentido paralelo a la vertical de la cama, cuyo final en el ángulo que forman el dicho cielorraso y la pared opuesta es imposible que aprecie exactamente, a causa de la semipenumbra amarillenta.

Hay un momento en que nada parece modificarse. Ella está recostada sobre su flanco izquierdo, vuelta hacia él con la mano derecha aún sobre su cabeza y ligeramente hundida entre los pelos, mirándolo con ojos no del todo abiertos, o casi cerrados, y él, con el brazo derecho flexionado en ángulo agudo y la mano descansando entre nuca y almohada, arrugando aún más la funda blanca, mantiene el silencio. Después, ella vuelve a hundir la cara en la almohada, girando morosamente el cuerpo hacia su derecha de forma tal de lograr que la posición supina sea lo más consecuente y ceñida a las sábanas que es dable obtener en una noche de calor pegajoso. El, entonces, la tapa con la sábana blanca y suspira aliviado, o como si.

—Tendría que decírselo lo antes posible, lo más claramente que pueda, hoy, mañana.

El mar está en calma, todavía.

"Hablemos de predicciones, depredaciones de la razón por la pasión, de la pasión por la razón. Hablemos de predicciones. Cuántas lanzadas al mar de los sargazos o posibilidad como botella sin resguardo, perdidas, hundidas en un día que no fue de memoria. Y entonces desechadas, deshechas con un gesto. O a veces también las otras, las cumplidas y entonces cumplidamente recordadas, hechas presente para todos los presentes, presentadas (en ofrenda a la pasión). Que es como decir que la hoja blanca prefiguró el poema que le ha dado sentido, decía, y sin embargo el temor, el desasosiego" (Carlos, París, 1981).

de puro espejo roto

"No hay nada que decir, nunca hubo nada que decir, salvo las numerosas y ornamentadas formas de decir el adiós, cualquier adiós, el último, el primero" (del Cuaderno de viaje).

—Jeanne, dijo, en el tono más pretendidamente neutro que le fue posible.

Olas empiezan a agitarse alrededor de la barca. Los turistas dormitan, casi todos; la pareja rubia se besa todavía, y es mirada. El cuchillero no despega los ojos de su bolso, escondido bajo sus piernas, y alza de tanto en tanto la botamanga de sus pantalones con un gesto sabido. Ella teje, todavía.

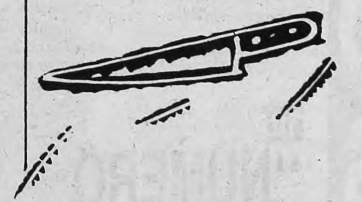
"Las bocas como mutuos vacíos, abiertas pero sin lengua ni mengua en el intento. Aunque darle mi lengua, poder nombrarla en mi lengua y en mi lengua ser nombrado por ella también podría ser una forma de poseerla, de sacarla de sí. Deslenguada, estaría perdida —si el único poder es el silencio" (Carlos, París, 1983).

En Grecia, las cigarras

—Nada del otro mundo, te lo aseguro.
—Pero ¿qué?
—Nada.

Y sin embargo, cada hombre mata lo que ama, sépanlo todos: unos lo hacen con una mirada de odio; otros, con palabras acariciantes; el cobarde, con un beso; el valiente, con una espada.

—Y como mutuos vacíos.
—Yo nunca fui inmortal.



LOS MONJITOS Por **HENFIL**

NO SE LA A EQUIVOCAR... ¡LA PLAZA ESTÁ AHÍ NOMAS! SIGA EN LINEA RECTA...

¿ VERDAD QUE UNO SE SIENTE MEJOR QUANDO HACE EL BIEN?

Henfil

GARAY EDICIONES

JUEGOS

S	I	S	T	O	R	R	A	G	O
O	I	A	C	T	I	E	R	L	C
S	C	L	C	O	C	O	D	U	V
O	O	A	S	R	H	S	C	I	O
R	T	M	E	T	E	R	B	L	I
G	R	A	R	U	A	O	I	C	O
N	A	N	C	G	R	R	I	R	S
O	G	D	L	A	D	L	B	E	S
Ñ	A	R	L	O	I	O	R	O	D
A	L	A	C	P	N	M	H	A	C
R	P	O	I	M	I	P	A	O	S
I	C	R	A	S	T	R	G	N	D
P	O	F	T	L	A	G	A	N	H

10 "LA SOPA DEL 7"

Encuentre los nombres de 7 reptiles, que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

10 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primera palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	S				
2					
3					
4	C				
5					
6					
7					
8					
9				S	

DEFINICIONES

1. Hendidura que se hace en la tierra con el arado.
2. Natural de Turquía.
3. Pertinaz, obstinado.
4. Cercado, vallado.
5. Adverbio de lugar.
6. Hembra del cerdo.
7. Acción de cardar.
8. Tienda de campaña.
9. Descamación del cuero cabelludo.

10 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

1

				B	R
				4	0
2	6	4	3	0	1
5	9	7	0	0	3
8	7	5	0	2	0
9	1	4	2	1	0

2

				B	R
				4	0
4	7	3	2	1	1
6	5	3	0	2	0
8	2	7	9	1	0
9	8	5	0	0	2

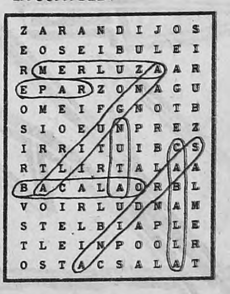
SOLUCIONES

9

"TRANSFORMACION"

CAUSA
CANSA
MANSA
MANTA
MARTA
MARIA
MORIA
MOVIA
MOVIL

"LA SOPA DEL 7"



Z	A	R	A	N	D	I	J	O	S
E	O	S	E	I	B	U	L	E	I
R	M	E	R	L	U	Z	A	A	R
E	P	A	R	Z	O	N	A	G	U
O	M	E	I	F	G	N	O	T	B
S	I	O	E	U	N	P	R	E	Z
I	R	R	I	T	U	I	B	C	S
R	T	L	I	R	T	A	L	A	A
B	A	C	A	L	A	O	R	B	L
V	O	I	R	L	U	D	N	A	M
S	T	E	L	B	I	A	P	L	E
T	L	E	I	N	P	O	O	L	R
O	S	T	A	C	S	A	L	A	T

"NUMERO OCULTO"

1. 4036
2. 1906